

TO FATAE


Alvaro Castillo

LO FATAL

(extracto: primera mitad del relato "Lo Fatal")

Alvaro Castillo

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

Prólogo

Lo fatal (primera mitad)

Enlaces

PROLOGO

Nacimiento es la imagen especular de Montevideo, reflejada en el espejo de la memoria después de muchísimos años de ausencia. Estos relatos, por lo tanto, unos más y otros menos, tienen como telón de fondo una Montevideo reconstruida en la lejanía, y por la misma lejanía y por el tiempo. Los escribí todos a mediados de los años ochenta, en una época en que me sentía enormemente desdichado. Los reescribí en fechas recientes. Cuando los escribí por vez primera, en toscos borradores manuscritos, no tenía intención de publicarlos; eran un mero ejercicio de la melancolía, tal vez una forma de demostrarme que seguía vivo. Me había alejado entonces del ejercicio de la literatura, yo creía que de forma definitiva. Hoy por hoy me siento más o menos renacido y a tres pasos de la dicha; una dicha esponjosa y blanda, carente de ambiciones y exaltaciones, perfectamente acorde con los cincuenta y tantos años que tengo de vida.

De los cuentos en sí poco puedo decir. Otros tantos cuentos parecidos los perdí en traslados y mudanzas y no lo lamento. Me alegra no obstante que éstos hayan sobrevivido.

Lo fatal se basa en una anécdota que me contó Juan Carlos Onetti, y que un tiempo planeamos escribir juntos como un simulacro de novela inglesa de misterio.

La nieve de Stalingrado tiene como punto de origen una peripecia bélica del alemán H. K. (la más rutinaria discreción me impide decir su nombre), que vivía en Montevideo a fines de los sesenta; no sé qué habrá sido de él. Si aún vive, desde aquí le doy las gracias. El personaje central del cuento, valga señalar, nada tiene que ver con el ser humano real que me lo inspiró (véase la ADVERTENCIA).

En Naturaleza muerta con flor, el personaje pintor es un patético compendio literario de varias personas a las que conocí en las dos orillas del Atlántico.

García es el más viejo de los cinco cuentos juntados aquí; fue, en su origen, el arranque de una novela que después no cuajó.

En deuda con Lombroso, por último, pretendió ser una humorada o una parodia del estilo hard-boiled americano (entre nosotros conocido desdichadamente como novela negra). No sé con cuánta justicia, la mitad de los pocos amigos que hicieron el esfuerzo de leer estas páginas en versión mecanográfica opinó que era el mejor del volumen; la otra mitad lo tuvo por el peor.

ALVARO CASTILLO

En Madrid, octubre de 2003

ADVERTENCIA

Todos los personajes que aparecen en estos relatos son enteramente ficticios. Cualquier semejanza con la realidad sólo se puede imputar a la coincidencia, la maledicencia o la mala conciencia.

EL AUTOR

LO FATAL

-Seguramente, Poirot –exclamé horrorizado-, ¿usted no puede creer que un muchacho como éste asesinara a su propio padre!

-Mon ami –dijo Poirot-, ¡continúa usted dominado por un sentimentalismo increíble! ¡He visto a siete madres asesinar a sus hijitos para cobrar un seguro! Después de esto, puede uno creer cualquier cosa. ¿No le parece a usted?

-¿Y el motivo?

-Dinero, por supuesto.

ASESINATO EN EL CAMPO DE GOLF

AGATHA CHRISTIE

ME LLAMO FELIPE SALGADO y he cumplido setenta y dos años. He sido crítico de libros y teatro, reportero, biógrafo, maestro, editor... De joven, publiqué un par de irresponsables volúmenes de poemas, no todos cuyos versos considero irredimibles. Soy soltero; viví un único gran amor desdichado y tuve algunos, escasos, amoríos. En alguna ocasión he pagado prostitutas, singularidad de un solitario tímido de la que no me avergüenzo. Excepto por mi primo Pancho y sus dos hijos, que rara vez me visitan desde hace diez o más años, carezco de parientes cercanos; también de amigos. Conozco poco mundo y menos gente y nunca, que yo sepa, me ha ocurrido nada digno de memoria. Mi hipotética biografía estaría compuesta por una inane iteración de fechas, tópicos y tedio. Me produce cierta desazón, también cierto estupor, hablar de mí.

Hace muchos años ya, no importa cuántos, se me encargó, por parte de una pequeña, si bien seria y solvente editorial especializada, de Nacimiento, la confección de una biografía del general Justo Niceto Lara, el lugarteniente de Carvallido, el prófugo de Isla Mala, el traidor de Zadanchú, el vencedor de Pascual Núñez y Gardeazábal en las sucesivas batallas de Quintanar y Hontanares, el supremo protagonista de la llamada Noche de las Horcas, el hombre de hierro de la dictadura de Saldumbide, el factótum de la reconciliación de Erzerún, el fundador del Partido de Concentración Nacional (tan vilmente maleado por sus presuntos continuadores, muchos de ellos conservadores apóstatas y muchos otros masones), el militar ilustrado, autor de la tragedia *Yesca* y de unas imponderables memorias, por desdicha incompletas (y lamenta-

blemente aún inéditas), el exilado de Xan Xuviry, el asesinado, en fin, por la camarilla de Vitalino Ortiz, Zuñiguita y demás liberticidas del año diez; figura de tantas diferentes cual divergentes facetas, tan descollante como asendereada e inclusive maltratada por la pseudo imparcialidad de plumíferos y tinterillos de la catadura de Pfitzer, Téllez et al, todos ellos adscriptos a los comederos del Partido Liberal, exigía por mi parte una escrupulosa indagatoria en fuentes auténticas, en archivos y bibliotecas, lo mismo públicos que privados, así como una rigurosa selección de materiales y, *last but not least*, de unas cuantas agradables, aunque lánguidas, tertulias con la única hija superviviente del prócer, la señora viuda de Cruz Ochandiano, que me brindó inéditas, esclarecedoras anécdotas, de carácter íntimo, a propósito de su padre.

En estas ocupaciones se me fueron nueve meses; para redactar la biografía, labor más minuciosa y exigente, sin duda, pero menos ardua y cansadora, mi ya no nula experiencia me dictaminó otros cuatro meses. Eso sí, con dedicación completa y lejos de cenáculos, teléfonos, vecinos, visitas, invitaciones y toda esa otra menuda obligatoriedad que conlleva la vida de sociedad, inclusive para un estudioso algo arisco y apartado como yo.

Con la exclusiva finalidad, pues, de dar remate al encargo, abandoné, un equis día otoñal, el carcomido caserón de Coronel Balcárcel que compartía con mi madre y, munido de mis libros y demás materiales de consulta, de unos pocos enseres y unas cuantas mudas de entre tiempo, más un grueso abrigo con el que insistió la hacedora de mis días y una bufanda que ella misma me había tejido, con patriótica lana a listas rojas y azules, me fui a instalar al chalecito de Marazul donde pasábamos el verano. Aunque el servicio de trenes era malo (y el de autobuses no mejor), convine en que mamá me fuera a ver cuando le apeteciera. El automóvil me lo llevé yo.

Cuando llegué, tras más de tres horas de viaje por indignas carreteras e infames caminos, el otoño ya había terminado de desnudar los árboles de hoja caediza y había alfombrado de amarillos y ocres la callecita de macadán a la que daba nuestro chalet. Era poco antes de mediodía; después de meter en el garaje el vehículo, un Hillman de cuatro puertas ramplón pero sufrido, acomodé mi bagaje, oreé la casa y salí a comprar las viandas imprescindibles. Me sentía dichoso, y la tarea en perspectiva, bien pagada e interesante, me entusiasmaba.

Me impuse ipso facto la ya acostumbrada rutina de trabajo y la cumplí a rajatabla. Las mañanas, después de un paseíto hasta el kiosko de avenida Darrideaux y un desayuno ligero en La Garza Dorada, junto a un amplio ventanal que daba hacia los álamos plateados del Parque Korialidis (el tiempo, nada más, de echarle un vistazo a la prensa matutina), las dedicaba a escribir; por las tardes, luego de una siesta somera tras el almuerzo, releía y corregía y preparaba el material a consultar al día siguiente. Al caer la noche me concedía otro paseo, ora hacia el lado del lago, donde había estado la vieja arenera, ora hacia los meandros de las últimas estribaciones de la Sierra Quemada, con el bosquecillo de alerces y las trochas, las caballerizas y

los redondos picaderos del Hípico de Villa Joyosa; en ocasiones se me cruzaba algún jinete retrasado o distraído. Me recogía temprano.

Ya mamá me había informado, aquel pasado, inmediato verano, de la presencia, en Marazul, muy cerca de nuestra casa, de un vecino nuevo, vagamente enigmático. Con mi tiempo por demás ocupado en mis labores de investigación, yo apenas si me había acercado, a lo largo del verano, a Marazul. Le telefoneaba a mamá, eso sí, muy a menudo; había sido por teléfono que ella me había hablado de aquel hombre. Más adelante, en una ocasión, yo había alcanzado a verlo. Mamá compartía el porche conmigo. Ya había caído la noche; los morosos, contumaces insectos nocturnos daban vueltas alrededor de la lámpara del techo.

-Ahí lo tienes.

Mamá me señalaba, con la cabeza, a un hombre grande, de andar pesado y lento, que se acercaba desde la avenida.

-Ocupa la casa donde paraban los Fisher –me informó mamá-. Creo que la ha comprado.

La casa en cuestión quedaba calle por medio de la nuestra, a una treintena de metros en la dirección del Hípico. El hombre, al pasar, probó un indeciso saludo, girando la cabeza hacia nosotros. Observé que vestía chaqueta y corbata; la chaqueta, oscura, de color indefinible en la penumbra, parecía de buen corte.

-Es un señor amable, bien plantado –opinó mamá, con el arcaico vocabulario del que solía hacer gala en ocasiones como aquella-. Vive solo, según creo.

Al hombre, que ya se alejaba de nosotros, lo silueteaba la luz ámbar sucio de los altos, distanciados faroles del alumbrado callejero; lo vimos acceder a su vivienda entre setos vivos bajos y perderse en la sombra. Después se encendieron luces.

Volví a ver a aquel hombre, ahora a la franca luz diurna, a los tres o cuatro días de haberme instalado allí a redactar la biografía. Habían pasado dos o tres meses desde la primera y única vez que lo había visto. Nos cruzamos los dos, yo camino de la avenida por mi periódico y él de regreso de la misma con el suyo bajo el brazo. El hombre me saludó con un ademán renuente, precavido. Yo lo vi venir desde la esquina y lo pude observar con detenimiento. No soy curioso; nunca lo he sido. No voy a negar, empero, que me movía a aquel escrutinio una trivial, indolente, cándida curiosidad.

Mamá me había indicado que el hombre, un jubilado, había sido comisario de policía; eso era, al menos, lo que se comentaba en el vecindario.

-Parece que ha venido aquí para residir todo el año, no sólo para pasar el verano o los weekends, como nosotros –me había dicho mamá-. Imagino que es viudo.

-Como tú –había bromeado yo-; tal vez suenen pronto campanas de boda.

-Serás necio.

Mamá debía andar, entonces, por los sesenta y pico. Era, no obstante, una mujer longilínea y elegante, que no representaba los años que tenía. Yo salí a papá, más achaparrado, más rollizo; también, me temo, bastante más vulgar, más chabacano.

-Se llama –añadió mamá- Quiroga.

Comisario Quiroga; yo jamás había tenido, en mis tiempos no demasiado lejanos de periodista, ningún nexo con la crónica negra o de sucesos, como púdicamente se la denominaba. El apellido, no obstante, no me era desconocido, aunque no acertara a ubicarlo.

Poco tiempo después, el azar, ese impredecible aliado, me hizo coincidir, en la hemeroteca del Archivo Nacional, con Marganesi, un lateral y escurridizo reportero de asuntos policíacos al que hacía un lustro, al menos, que no veía. Yo buscaba números de principios de siglo de Amanecer y, en especial, de El Bienestar, órgano este último fundado, en 1898, por Nemesio de Castro y el general Lara, como vocero de las ideas de conciliación y armisticio que preconizaba el Partido de Concentración Nacional. Marganesi, por su lado, trataba de refrescar su memoria sobre la atroz y vertiginosa carrera de Luis José Modesto Juan Pérez Buído, el llamado Alegre Asesino de la Corbata Amarilla, alias también Pepe el Bizco, que había fallecido días antes en el presidio de Matamalojo al final de casi tres décadas de reclusión mayor.

-Nuestro modesto Jack el Destripador –recuerdo que comentó Marganesi, no sin orgullo.

Lo convidé a un café, que bebimos en la barra del vetusto Neutral, a la vuelta del Archivo y a espaldas de la Jefatura Central de Policía; él infligió a su café un chorrillo de anís dulce. Le pregunté por Quiroga.

-Federico Quiroga Vallejo –silabeó Marganesi, como si paladeara cada vocal o recitara el acápite de un prontuario-. ¿A santo de qué te interesa él a ti?

Creí detectar una agria sombra peyorativa en ese final “a ti”, pronunciado tras una breve, indelicada pausa. No me pareció discreto ni prudente mencionarle razones de vecinazgo, de modo que encogí los hombros, bebí un sorbo de café, le di una última calada a mi pitillo de labor nacional y lo apagué contra el suelo, con un tacón. No contesté. Pensé que así heriría a Marganesi en su orgullo, en su amor propio, y lo haría hablar; acerté. Marganesi se rió de forma desagradable; su cara chupada, de comadreja, adquirió un repentino aire de astucia; sus sibilinos ojos de aguachirle, pequeños, saltones y semiencajados, parpadearon varias veces.

-Curiosidad supina, ¿eh, Salgado?

Su desprecio era ya patente. Rara vez miraba a los ojos, pero en aquellos momentos me miraba de lleno a los míos, con un aire rencoroso de superioridad.

-Si te parece... –farfullé.

-Quiroga fue Inspector General del Cuerpo –recitó Marganesi-, el más alto rango al alcance de un policía profesional. Se retiró hace unos ocho o diez años. ¿Le conoces?

-Jamás he hablado con él –contesté sin mentir.

-Era un policía duro –dijo Marganesi-, de la vieja escuela, pero también un investigador de finísima sensibilidad. Fue él quien capturó a Pies de Seda, a mediados de los años treinta; también quien desarticuló al grupo anarquista de Bonfils, Luro y Rosigna cuando la dictadura del doctor laSalle; fue Quiroga quien resolvió el asesinato del comisario Pérez Moles, aquél al que mataron a la puerta de su casa; y, por supuesto, era él quien estaba al mando del operativo policial cuando acorralaron a Dick el Holandés y a su banda en aquel piso de Piedras Blancas, recordarás. Los mataron a todos.

Lo último lo enunció con fruición. A mí siempre me desagradó en grado sumo Marganesi; pagué las consumisiones y me fui, aliviado, sintiéndome vencedor de una fútil batalla.

En Marazul, llegado el otoño, volví a cruzarme varias veces con el ex policía; nos saludábamos siempre, sin pasar de allí.

Quiroga era un hombre grande, de estructura basta y sólida, con la tez cetrina como bronce bruñido; tenía una cabeza maciza y facciones rudimentarias, flagrantes: nariz carnosa, labios gruesos, pómulos altos y salidos, cejas abundantes y enmarañadas; llevaba un poblado bigote ya gris, con las guías caídas, y una melena gris abundante, como de poeta de la belle époque. Sus ojos, me fijé al tenerlo cerca, era negros, pequeños y hundidos, muy penetrantes. Era, a no dudarlo, un hombre observador, perspicaz e inteligente. Por su aspecto, daba la impresión de un carácter parsimonioso, imperturbable, taciturno acaso, retraído.

Un día empezó a llover; llovería días seguidos.

Atardecía.

Yo había salido a dar mi cotidiana caminata; no llovía todavía cuando salí, aunque grandes nubarrones cenicientos se congregaban desde naciente, impulsados por una leve brisa tibiona. Yo, por prudencia, había llevado un paraguas, que no abrí; cuando caían los primeros, gruesos goterones, me metí en un pequeño cafetín, estrecho y alargado, que encontré al paso. Se llamaba El Ancla, y estaba como apretado entre los depósitos de una fábrica de cerveza, con una gran entrada para camiones, y un edificio gris indefinible, de tres o cuatro plantas, con cantidad de

ventanas y sin luces encendidas. Quiroga estaba allí, acodado en la barra, más cerca del fondo del local que de la puerta; no hablaba con nadie. Nos saludamos.

Yo pedí un café, por pedir algo; rara vez he bebido licores. Quiroga, por su parte, tenía junto a su codo un vasito de cristal grueso, que contenía un líquido de color miel oscura. Se lo llenaron, antes de que me hablara, por lo menos dos veces; más tarde, supe que se trataba de un aguardiente muy fuerte, que se destilaba de raíces amargas. Observé que Quiroga, al llevarse el vaso a los labios, separaba el meñique de los otros dedos, un amaneramiento que me pareció tan poco en consonancia con su ruda y fornida fisonomía que me llamó la atención de un modo casi chocante.

Yo revolví desganada, interminablemente, mi café, lo dejé enfriar, me lo bebí a sorbitos con un pitillo. Fuera, la lluvia cobraba fuerza; esporádicos relámpagos rayaban el cielo en lontananza; más cerca, se hizo un súbito fulgor y, unos instantes después, se oyó el sordo estampido de un trueno. La luz del local parpadeó.

-Sólo falta un apagón –anunció una voz de tintes agoreros.

Pasados unos momentos, después de haberme mirado varias veces a través de un largo espejo, que colgaba inclinado, entre filas de pacíficas botellas, del lado interior de la barra, Quiroga se me acercó. Hablamos del tiempo y de otras vaguedades, como si nos conociéramos. No me sorprendió en exceso que supiera mi nombre, ya que en el vecindario había poca gente y todo circulaba, todo se sabía; inclusive me preguntó por mamá.

-Una elegante señora, si no me está mal decirlo -apuntó.

Del otro lado de la puerta y el estrecho ventanal que daba a la calle, detrás de la monótona cortina de agua, estremecida de vez en tanto por inubicuas y fragmentarias ráfagas de viento, bajo la luz amarillenta de los aislados faroles altos, los perfiles, contornos y formas de las cosas se borroneaban y desleían. Las bajas techumbres inclinadas de algunas casas, las quietas siluetas ateridas de los árboles, los reflejos de luz en los charcos, la repentina aparición de los faros de algún vehículo anónimo que horadaban la creciente oscuridad y desaparecían: todo había cobrado un aire vago de amenaza. Pensé, malhumorado, que las calles serían barriales, que los zapatos se me llenarían de barro aunque amainara, que tardaría quince o veinte desagradables minutos en llegar a casa.

-Vaya nochecita –comentó Quiroga.

-Penosa –dije yo, por decir algo.

Tardó un buen rato en hacerlo, pero al final escampó. No tardaron en visualizarse salpicadas estrellas entre las nubes que se abrían y dispersaban; el creciente dorado de la luna, orlada de pálidos círculos carmesí, se dejó ver hacia la mitad del cielo.

-Ya no llueve –emitió una voz.

-¿Vuelve usted a casa? –me preguntó Quiroga.

Yo había llamado al patrón y había hecho el ademán de pagar; Quiroga no lo consintió. Su actitud era cortés pero no admitía réplica; tenía un brazo alzado y había separado las piernas, como si se preparara a afrontar una embestida.

-Lo siento; aquí invito yo –me dijo- ¿Quiere usted algo más? ¿Un trago quizá? ¿Un coquetín?

Yo nada quería y se lo dije; le agradecí, de todos modos, lo mejor que pude, su amabilidad.

-Me he acostumbrado a retirarme temprano –le informé.

Quiroga sonreía; había deslizado dos billetes sobre el vidrio dedeado que cubría la barra y esperaba la vuelta. Contabilizó las monedas que le devolvieron y dejó caer algunas, a modo de propina.

-Es usted un madrugador, ya me he fijado; igual que yo. ¿Le importa que lo acompañe? Vamos en la misma dirección.

Por mí, le dije, encantado; no estaba, sin embargo, seguro de que me agradara la compañía de aquel hombre, por lo menos en aquellos momentos. Yo me sentía cansado y había tenido un día difícil; por la mañana había estado varias horas estancado, y por la tarde no me había podido concentrar. Me sentía arrepentido de haber salido, de haberme metido en aquel turgurio. Temí (ahora al recordararlo me parece ridículo) que Quiroga, a pesar de que su aspecto indicaba lo contrario, fuera en realidad uno de esos charlatanes de café de los que tan difícil resulta desprenderse después.

-Usted primero –me invitó al salir.

Contra las múltiples ventanas del edificio contiguo refulgía una pálida luna. Anduvimos, por suerte en silencio, entre los charcos que había dejado la lluvia. Yo clavaba en el suelo mi paraguas; sentía que el agua se me infiltraba por los zapatos. Nos separamos y despedimos frente a nuestro chalet; a él le quedaban unos pasos todavía para entrar en el suyo.

-Ha sido un auténtico placer, señor Salgado.

Quiroga me tendió la mano.

-Lo mismo digo, comisario.

Hasta aquel momento, yo en ninguna ocasión había aludido a su antiguo rango; tampoco él. Quiroga enarcó ligeramente las cejas.

-Sabe usted quién soy –dijo.

-Usted sabe a su vez quién soy yo –repliqué-. Somos pocos aquí; todos nos conocemos.

-Será verdad.

Quiroga pareció dubitativo; fue sólo un instante. De inmediato se alejó. Murmuró “buenas noches”, o algo por el estilo, al darme la espalda. Se alejó a paso lento, esquivando charcos, con las manos metidas en los bolsillos.

Yo me metí en casa y me saqué en seguida los zapatos y las medias; también los bajos del pantalón se me habían empapado. No dormí bien. El ruido de la lluvia en el techo y del viento en la calle, más el más alejado de los truenos, me mantuvieron horas en una inquieta duermevela y me arrancaron nervioso de la cama cuando el alba apenas si se anunciaba. A pesar de que me acuciaba una incómoda sensación de incertidumbre, como un leve aleteo de tinieblas, trabajé bien y a buen ritmo varios días seguidos.

Nos volvimos a encontrar, Quiroga y yo, en repetidas ocasiones, que no vale la pena traer a colación. Más de una vez vi a Quiroga trasegando en su jardín, muy cuidado por cierto. Nos saludábamos cada mañana, intercambiábamos de tanto en tanto las usuales futilidades entre vecinos, una tarde que nos volvimos a encontrar en El Ancla yo le pagué a Quiroga una copa y él después a mí mi segundo café.

Mamá, recuerdo, llegó una tarde, y, después de unos pocos días, se volvió a marchar. Mi trabajo, por lo demás, avanzaba bien, sin más tropiezos de los esperados; no me había vuelto a atascar y mi concentración era excelente.

Después, más avanzado el otoño, las lluvias se transformaron en temporales e inundaciones. En el Norte, según nos enteraron prensa y radio, hubo que evacuar pueblos enteros; alguna presa se desbordó y alguna otra se desmoronó por la presión de las crecidas; hubo que lamentar algunas pocas víctimas mortales. También había habido un asesinato en Nacimiento. Habían encontrado a un hombre, al parecer un extranjero, muerto a tiros en una nave industrial abandonada, cerca del puerto; pasaron días, y pasarían meses, sin que se pudiera identificar el cuerpo.

Mamá volvió; yo la fui a recoger a la estación, por la tarde, en Villa Joyosa, a un par de kilómetros. Era un viernes; mamá iba siempre en viernes. Al otro día, después de almorzar, nos sentamos los dos en la galería encristalada de la planta de arriba. Mamá le tejía una bufanda a su sobrino y ahijado Pancho Galindo; era una peligrosa productora de bufandas y otras diversas prendas tricotadas. Su predecible soliloquio generaba un flujo constante de pueriles novedades a propósito de amigos y parientes, entremezclado con ácidos comentarios personales y con vivaces y salpicados recuerdos de diferentes estratos del pasado.

-Le dije a Marilina lo mismo que le había dicho a Esther, que lo mejor que podían hacer era casarse, porque los hijos habidos fuera del matrimonio, aún en estos relajados días que corren, son fuente inevitable de conflictos e inclusive de pesares. Bien me acuerdo, como tú, de las tristes experiencias de Marujita Melché, la cojita, ya sabes, que tuvo aquel niño tan feo que después se metió en el ejército

Un escalofrío recorrió la espalda erecta de mamá. Ella bebía una infusión de hierbas aromáticas y yo un café.

Aún llovía de vez en poco, aunque las crecidas ya remitían; al cadáver de la nave industrial no lo habían identificado todavía. Mamá hizo una alusión al respecto y después, por inevitable inferencia, se refirió a nuestro vecino ex policía.

-Parece un hombre educado y formal, pero también un poco sombrío –me dijo-. Tengo entendido que frecuentas su compañía.

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo ha dicho Dolorcitas.

Dolorcitas era una vieja viuda que iba a casa tres veces a la semana, para hacer la limpieza. Mamá y ella platicaban horas en la cocina. A mí, Dolorcitas, al verme, me bufaba enfurruñada y disgustada y apenas me saludaba. Era una mujeruca de aspecto anodino excepto por sus alarmantes ojos estrábicos, que siempre me habían consternado.

-¿De qué hablas con él? ¿De crímenes? Sé que te gustan mucho las novelitas de esa clase –mamá produjo una risita maliciosa, que me irritó-. Parece un hombre muy respetable, para ser un policía. ¿Ha estado aquí en casa?

-Nunca.

-¿Y tú en la de él?

-Tampoco.

-Mejor así –fue la enigmática, y algo desafiante, conclusión de mamá.

Al rato, unos pocos minutos, pasó Quiroga; volvía a su casa (yo lo sabía) de El Ancla. Se cubría con un enorme paraguas negro. Llegado bajo nosotros, miró hacia arriba y movió una mano, sin detenerse.

-Un hombre educado –dictaminó mamá-; se cuentan de él ciertas cosas.

Quise saber cuáles, a qué se refería; sin entender del todo por qué, me sentía más irritado por momentos. Mamá dibujó en el aire un ademán vago, suspendida por un instante su labor de tejido.

-Es viudo –dijo-; su mujer, al parecer, murió de una forma rara.

-¿También eso te lo ha dicho Dolorcitas?

-Tengo otras fuentes –dijo mamá, con aire misterioso y visiblemente satisfecha.

Mamá se fue; la llevé a la estación el lunes por la mañana, muy temprano.

Me sentí mejor cuando me quedé de nuevo a solas.

La presencia de Dolorcitas, que estaba en la casa cuando volví de dejar a mamá en la estación, me disgustó; siempre me disgustaba. Dolorcitas, como hacía a menudo, fregaba encorvada y murmuraba a solas; olía mal. Era muy católica; cada dos por tres, y sin que viniera al parecer a cuento, se persignaba.

Una tarde, pocos días después, pasadas ya las lluvias, bajo un cielo ocre, con el horizonte a poniente de color membrillo, Quiroga y yo nos encontramos a orillas del lago que había excavado y abandonado la vieja compañía arenera. En verano, pequeñas embarcaciones surcaban las aguas; las había de todas clases: a remo, a vela y a motor; en casos, estas últimas arrastraban esquiadores náuticos; las orillas, entonces, se poblaban de bañistas, y se instalaban a su alrededor casetas portátiles donde se vendían helados, hamburguesas, salchichas y chucherías. Aquella tarde, empero, gris y fría, el lago estaba desierto.

Había varias casas más o menos diseminadas en torno del lago; la mayoría eran modestas viviendas de una sola planta, de paredes grises, con techo a dos aguas; había algunas, no obstante, más ostensibles, que tenían su propio embarcadero. Un sendero de macadán, bastante ancho, conducía hasta el lago. Yo rara vez me internaba por aquel sendero; no me gustaba contemplar la superficie impoluta de aquellas aguas. Una vez había visto sacar de ellas a una ahogada. No sé por qué, empero, en aquella ocasión seguí camino adelante, distraído. Había salido a comprar cigarrillos y de paso a ventilarme un poco. No había dormido la siesta y me sentía inquieto, malhumorado.

Siempre se llega a un punto, en cualquier trabajo literario de una cierta extensión, en que uno siente una especie de pesada inutilidad, tanto por lo que ya lleva escrito como, sobre todo, por lo que aún resta por escribir; es ésta una sensación que, por lo que he sabido, comparte mucha gente. A mí me ha ocurrido siempre, de un modo ineludible, fatal. A pesar de lo antedicho, el progreso, pausado pero constante, de mi trabajo, me tenía, en el fondo, tranquilo, satisfecho; sabía que cumpliría con los plazos pactados, que lo que estaba haciendo tenía entidad, peso específico, calidad; pensaba, con exagerado optimismo, que la mía podía convertirse en la biografía definitiva del general Lara; sentía, por ello, que, aparte de hacer un trabajo que me gustaba, bien pagado, estaba cumpliendo con una tarea positiva para con nuestra república; la vida y la época de uno de sus más ilustres, a la par que más controvertidos hijos, recibirían de mis manos un poderoso foco de luz.

Con estas ambiguas, encontradas emociones, sometido a la íntima contradicción entre la inutilidad de mis esfuerzos y el optimismo de la intrínseca calidad de sus resultados, me adentré hacia el lago sin pensar a dónde me dirigía. Me sorprendí con la mirada estupefacta en la rizada superficie de las aguas; soplabla una ligera brisa. Con la cabeza en las nubes, como vulgarmente se dice, atenazado entre una sensación de hartazgo muy concreta y una perspectiva feliz más bien ilusoria, aunque placentera, no me percaté de la presencia ajena hasta que oí la voz, a mis espaldas:

-¿De paseo, don Felipe?

Quiroga estaba metido entre unos tupidos arbustos que crecían a los lados del camino. Llevaba un pullover grueso, azul oscuro, de cuello vuelto; el humo de un pitillo, que en seguida tiró, le borronaba el rostro.

-Buenas tardes, comisario.

Quiroga me sonrió débilmente, con una especie de timidez, como si se sintiera un intruso. Sus ojos recorrieron lentamente las orillas visibles del lago; la orilla más lejana, al fondo, se esfumaba detrás de una masa de declinantes cipreses.

-Un bonito lugar –comentó-. ¿Viene usted a menudo por aquí?

-No, no, al contrario –le dije-. Ni sé por qué me he acercado a este sitio ahora –mi voz vaciló con aquel ingrato, a veces angustioso recuerdo-. Hace unos años vi ahogarse aquí a una muchacha. Vi como recuperaban su cadáver, mejor dicho.

-¿Conocida de usted?

-Nunca la había visto –afirmé, acaso con excesivo, innecesario énfasis-. Era, o parecía, cuando la sacaron, ya muerta, muy jovencita, poco más que una niña, flaquita y rubia. En el centro del lago hay más de cincuenta metros de profundidad, según dicen; y está lleno de algas, al parecer. El cuerpo se enredó en ellas; al poco rato, cuestión de horas, sin embargo, volvió a salir a flote.

-Curioso –Quiroga meneó la cabeza; su voz tenía el inconfundible acento del entendido, del profesional-; eso que usted dice no suele ocurrir, se lo aseguro. Suelen tardar días, máxime en agua dulce. Es necesario que el cuerpo se hinche con los gases, ¿comprende? De esta manera asciende y flota.

-Pues entonces ocurrió como le he dicho –contesté-; desde aquella fecha, cada vez que me acerco a este lugar y miro esas aguas lo recuerdo. Por esa razón rara vez vengo por aquí. Fue bastante desagradable.

-Es de suponer –la voz de Quiroga se había vuelto subrayadamente átona-. Son cosas que pasan, don Felipe; la vida es dura. Usted y yo lo sabemos; muy dura. Es usted, de todos modos, una persona hartamente sensible, ¿o sensitiva? Yo no. Un policía está obligado a tener la sensibilidad de una piedra; es algo que el oficio entraña, que la experiencia enseña.

Hablaba más para sí, creí advertir, que para mí, y su tono se había vuelto amargo. Observé que tenía otro cigarrillo en una mano, sin encender todavía. En aquel momento, no obstante, lo encendió, con un mechero a bencina que soltó una llamarada anaranjada y dejó un resabio a quemado en la brisa, después de apagarse.

-Estoy leyendo su libro de biografías decinómicas – me dijo, sin mirarme; tenía la cara vuelta a un lado, hacia el espeso contorno de una masa de cipreses-; lo adquirí expresamente, hace unos días, en un desplazamiento forzoso que tuve que hacer a Nacimiento, para cobrar mi pen-

sión. Me interesó de forma muy especial la biografía de Abimael Balcárcel; soy nativo de La Puebla.

Quiroga se refería a una colección de breves biografías de compatriotas nuestros, más o menos ilustres, que yo había publicado hacía unos pocos años con el título genérico (no propuesto por mí) de *Semblanzas Nacionales*. (¿Huelga, quizá, puntualizar que La Puebla nació como núcleo urbano a partir del casco viejo del gran fundo de Abimael Balcárcel, a comienzos del siglo XIX?)

Quiroga y yo hablamos un rato de los Balcárcel, la gran familia poblana, desde aquel teniente de húsares, llamado Clodoveo Ramírez de Balcárcel, que había sido carcelero de la reina María Luisa de Blois en 1738, antes de emigrar, semiprófugo, a Indias, en 1742, hasta el coronel Clodomiro Balcárcel, Capitán General de la Campaña, que murió asesinado a los treinta y ocho años a las puertas de un burdel, en Orbaiceta, en 1879; también de mi coetáneo el profesor Amadís Luis, un férvido cervantista con el que yo había tenido algún encuentro de pareceres a propósito de nuestra literatura autóctona, que él tenía en nada. El último miembro notorio de la estirpe, hijo del anterior, era el llamado Chino Balcárcel, jugador de basket ball y protagonista de películas y fotonovelas, del que se decía que se había acostado con más de mil mujeres; de él no hablamos; no era sujeto que nos interesara; no a mí, al menos.

Me sorprendieron la exactitud y la amplitud de los conocimientos de Quiroga sobre la figura señera del coronel Balcárcel. Le hice saber que yo vivía, precisamente, en la calle Coronel Balcárcel, en Nacimiento, y él, de su lado, me comentó que había notado a faltar la biografía del repetido coronel en mi colección antecitada.

-Tal vez –aventuró- proyecta usted una biografía de Balcárcel, in extenso, para fecha futura. Le dije, sin faltar a la verdad, que era aquél un proyecto que yo, en efecto, íntimamente acariaba, pero que no sabía si alguna vez podría llevar a buen término.

-Si Balcárcel no hubiera muerto de aquella estúpida forma –dijo Quiroga-, de resultas de una riña de borrachos, acaso la república se hubiera salvado del oprobio de la tiranía de Cañardo y Behetría. ¿No concuerda usted conmigo?

-Es una opinión –dudé- respetable, sin duda.

Una opinión (no quise añadir) que yo ya había escuchado muchas otras veces y que no se conciliaba, en absoluto, con mi forma de ver y de entender la historia (que no es sólo una suma de casualidades). Quiroga quiso saber si yo llevaba entre manos algún trabajo de envergadura, y yo le hablé, con cierta reticencia, de mi biografía en proceso de Justo Niceto Lara.

-El Negro Lara –dijo Quiroga, rememorativo; tiró a las aguas, en límpida parábola, la colilla de su cigarrillo-. ¿Habrá sido en realidad un malvado sin entrañas, como lo pintan muchos, sólo un hombre equivocado, como opinan tantos, un héroe incomprendido, como creen algunos, o nada más que un patético ser humano, con sus luces y sus sombras, sus aciertos y sus errores,

torturado y perplejo, enfrentado a circunstancias que lo superaban? ¿Cuál es su opinión, doctor?

Me agradó el respetuoso título final, que en la campaña se empleaba, según bien sabía yo, como máxima señal de deferencia; no advertí, por lo demás, en el timbre de Quiroga, ni el menor matiz de ironía o de burla. Quiroga miraba al agua, que a aquella hora de la tarde, que ya moría, parecía negra como alquitrán.

-Me temo –dije yo, después de pensármelo unos segundos- que mi opinión coincide con la última de sus apreciaciones, comisario. Creo que Lara fue un hombre seguramente bien intencionado, me atrevería a decir que un patriota íntegro en la mejor acepción del término, pero que se equivocó muchísimas veces y no estuvo a la altura de las circunstancias casi nunca.

-¿Quién lo está?

Quiroga me pareció, de nuevo, que hablaba menos que para mí para sí mismo; tenía las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y las piernas muy separadas; allí, recortado contra el fondo de agua y cielo (se había alejado de mí tres o cuatro pasos), su figura parecía más sólida que un torreón de basalto.

-De todos modos –añadí-, mi valoración general de Lara será positiva; creo que la historia y sus secuaces han sido injustos con él.

Nos alejamos juntos del lago, los dos en silencio. Quiroga, que seguía con las manos metidas en los bolsillos, pateó algunas piedras al andar; rechazó, con un gesto torvo, los cigarrillos que le ofrecí y se detuvo junto a mí, observándome, mientras yo encendía el mío. La tarde, declinante, con el sol ya oculto en parte por las neblinosas ondulaciones aserradas de la Serranía Quemada, había teñido de índigo un amplio sector del cielo; el fuerte colorido se hacía paulatinamente más pálido de sur a norte.

Largas sombras de árboles pelados, con sus ramas desnudas elevadas al cielo como mudas plegarias retorcidas, atravesaban, ya desvaídas, desvaneciéndose, el camino de macadán por el que andábamos. Llegado a un punto, y sin razón verdadera, ya que el compartido silencio me resultaba más gratificante que otra cosa, rompí a hablar a propósito del misterioso asesinato de la nave industrial nacimentina.

-No creo que exista misterio ninguno –declaró Quiroga-. En cuanto identifiquen a la víctima se esclarecerá todo. El crimen rara vez encierra misterios, ya que, dejando al margen a los psicópatas y a los crímenes políticos, sólo hay tres pasiones que conducen a él: el lucro, el sexo y la venganza; esta última, por lo demás, es muy raro que termine en homicidio.

Seguimos en silencio un centenar de pasos, hasta llegar a la avenida, bastante transitada en aquellos momentos por toda clase de vehículos; anduvimos por el arcén hasta la zona peatonal, listada de amarillo. Allí, Quiroga extrajo sus cigarrillos y dio lumbre a uno. Fumaba Marlboro con filtro, otro refinamiento que se contradecía con su aspecto, rudo y marrón.

-Fui policía más de treinta y cinco años –dijo-. Empecé de agente raso en La Puebla y me retiré con el grado de comisario y el rango de Inspector General del Cuerpo en Nacimiento. Pasé más de once años en la Brigada de Homicidios, siete de ellos como jefe de la misma. A lo largo de toda mi carrera sólo una vez me encontré frente a un crimen realmente misterioso, que a primera vista parecía inexplicable. ¿Lee usted novelas policíacas?

-A veces.

Lo confesé con invisible rubor; la noche, ya cernida, me resguardaba. Quiroga sonrió: tenía dientes grandes, blancos, fuertes, sanos, que resplandecieron en la creciente oscuridad; supuse que portaría en sus venas sangre negra, como tanta gente de la región nordestina: el propio general Lara sin ir más lejos, que tenía una esclava manumitida en su cercana genealogía; me acordé también de los Bolívar, de los Borges, los Oquendo, los ya mentados Balcárcel, inclusive los Meirelles, un apellido de raigambre real, emparentado con los do Carmo a Bragança, de un lado, y con esclavos por otro: el mismísimo Zenzio Meirelles, archiduque de Aquitania do Sul, era de hecho nieto de una ochavona. Todas estas ideas, o conatos, más bien, de ideas, se agolparon en mi cerebro y se desvanecieron en un instante.

Habíamos cruzado la avenida. También había un puentecito de cemento y metal para cruzarla por arriba, pero se tenía que subir una treintena de escalones, lo que a Quiroga, imaginé, con su enorme corpachón y su edad ya avanzada, le resultaría ingrato. Era menos arriesgado, sea como fuere, cruzar por arriba que hacerlo por el cebral; por esta razón, el puente era el prudente camino que yo escogía, cada mañana, cuando compraba la prensa (mamá tenía la particular, la indeclinable convicción de que la prudencia era el peor, cabe que el único de mis excesos; de no haber sido tan prudente, siempre según mamá, yo hubiera llegado lejos, acaso con la toga y la política, acaso inclusive con las letras, como tantos de sus antepasados).

Para ir al lago, cruzar la avenida no era imprescindible y yo nunca lo hacía; bastaba, para eludirla, dar un corto rodeo hasta el Parque Korialidis, donde la avenida, después de un codo brusco de noventa grados, se sumía en el túnel que la conectaba con la Ruta Trece. Quiroga, me dijo, prefería la línea recta, aún a riesgo de su vida. Pensar así era, sin duda, desproporcionado, exagerado, aunque me justificaba el hecho de que no pasaba un verano sin que algún vehículo desenfrenado se llevara por delante a algún peatón en el cebral; hacía años que se hablaba de poner allí semáforos, y pasarían otros muchos antes de que, por fin, los pusieran.

-Las novelas policíacas –decía Quiroga-. Yo he leído unas cuantas, lo reconozco, aunque más por curiosidad, digamos, profesional, que por inclinación natural. Según tengo entendido, predominan dos escuelas contrapuestas, una artificiosa y otra pretendidamente realista.

-La novela problema y la novela negra –aventuré yo.

-¿Así las llaman?

-Más o menos.

-La señora Christie y el señor Hammett, ¿no? Me los recomendaron como los respectivos maestros. He leído obras de ambos y las he encontrado, me temo, penosamente insuficientes. Yo leo bastante, ¿sabe usted? –enunció esto último con un volumen de voz una octava más bajo y monocorde, como si transmitiera un secreto a alguien de confianza dudosa- Mi mujer me educó en la literatura y la cultura en general; cayó muy por debajo de su clase al casarse conmigo. Advertí un velado, un contenido orgullo en su referencia a su mujer; me gustó. Me sorprendí pensando que la compañía de aquel mesurado caballero de tan equívoco oficio y tan berroqueño aspecto me resultaba inesperadamente grata, gratificante inclusive.

-Aquel único misterio verdadero con el que me topé en el ejercicio de mis funciones –agregó Quiroga- entra de lleno en la primera categoría.

-¿Un crimen artificioso? –inquirí, preso de súbito, marcado asombro.

-Un hombre –dijo Quiroga- fue apuñalado en un recinto cerrado, al que nadie, al parecer, había entrado, y del que nadie había salido. Un misterio, como puede usted captar, artificial, forzado.

-Y usted –quise saber-, ¿lo resolvió?

Sentía una curiosidad bastante acusada, no exenta, sin embargo, de incredulidad creciente; no le iba, me decía, el artificio al comisario.

-Según se mire –Quiroga había terminado su pitillo; lo soltó y lo pisó-. La causa jamás llegó a tribunales. No obstante, yo supe cómo se hizo; probarlo era otro asunto.

Me sentí intrigado; pensé que me gustaría conocer aquella historia. Yo leía bastantes novelas policíacas: a decir verdad, me había llevado unas cuantas en mi maleta. Mis pacíficos gustos me hacían más proclive al enigma de corte clásico, y mis autores predilectos eran Ellery Queen, Michael Innes, Nicholas Blake, Ngaio Marsh y la inevitable Mrs Christie; también había disfrutado mucho de Sherlock Holmes, más con sus relatos breves que con sus toscas novelas. En cuanto a la llamada novela negra, que los americanos denominaban ‘hard boiled’, como a los huevos duros, reconocía que la pasmosa calidad literaria de Raymond Chandler, en ocasiones, al menos, se imponía a la endeblez de sus tramas. Todo esto se lo dije, de una forma más bien entrecortada y atropellada, aquella naciente noche, a Quiroga, que me escuchó circunspecto. Creo que fue aquélla la primera vez y última que hablé de novelas policíacas con alguien. Que mi oyente, ya que Quiroga apenas si intercaló algunos aislados comentarios, fuera un policía de carrera, me causó, en determinado momento, al hacérseme patente mi irrisión, una súbita desazón que me empezó a trabar la lengua.

-Siga usted, por favor, siga usted –me pidió Quiroga en un par de ocasiones, al comprobar que yo vacilaba, me trabucaba, me callaba.

Mis banales opiniones en la materia parecía que le interesaban más de lo previsible, de lo razonable.

-Usted es escritor, don Felipe –me dijo, cuando ya estábamos en la esquina de casa-; un buen escritor, a tenor de lo que yo he leído de usted. Es claro que en esa materia lo que yo pueda opinar vale de bien poco, pero dígame: ¿no escribe usted novelas? –le dije que no y él prosiguió-: ¿Nunca se le ha ocurrido escribir una? Yo le suministro el argumento.

Quiroga de nuevo sonreía. Estábamos los dos en el borde de los desiguales círculos de luz que proyectaba el alto farol de la esquina; nos habíamos parado allí. Nunca hasta aquella tarde, comprendí, había visto sonreír de verdad a Quiroga, aquel hombre imperturbable, sólido y taciturno que se estaba convirtiendo, a pesar de las innumerables diferencias de toda clase que nos separaban, en un amigo.

(La amistad, pienso yo, es una furtiva, una elusiva magia que comparte ciertos rasgos con el amor; es más plácida que el amor e infinitamente menos cruel: en la amistad el porvenir no importa, jamás le acecha a uno; en el amor, en cambio, es siempre una interrogante, por lo común dolorosa. Yo he tenido tan pocos amigos como amores; Quiroga fue uno de ellos -de los primeros, valga puntualizarlo. La nuestra fue una amistad fugaz, que duró parte de un otoño y el subsiguiente invierno y que se deshojó en la primavera; después nos saludábamos, como al principio, y si coincidíamos en El Ancla, por ejemplo, o en la cantina del Hípico, nos convidábamos mutuamente con cafés y vasos de aguardiente de raíces e intercambiábamos los comentarios usuales entre vecinos. Me tienta equiparar nuestra pasajera amistad con un amorío de verano; lo que ocurre es que yo no he tenido amoríos de verano; mis amoríos fueron, en líneas generales, igual de patéticos y desdichados -y deshilachados- que mi único amor: un flirteo ocasional por parte de ellas y repentinas euforias de un rato, sigilosos anhelos y un menudeo de torpezas y humillaciones por la mía.)

Le agradecí a Quiroga su propuesta; le dije que me encantaría conocer sus experiencias como policía, en especial ese caso misterioso del que me había hablado, pero que escribir una novela estaba más allá no ya de mi capacidad sino de mis intereses e intenciones.

-En ese terreno –dije, no sin taimada arrogancia-, soy sólo un consumado lector; en realidad, me congratulo de ser mejor lector que escritor.

No era modestia de mi parte y Quiroga sin duda lo entendió; yo ya había llegado a la conclusión de que estaba en posesión de una inteligencia sutil, nada corriente.

-Me interesa más su vida –le dije también- que sus casos. No por nada soy biógrafo, o al menos como tal me considero.

-¿Es ésa la profesión que figura en su pasaporte? –quiso saber él.

-En mi pasaporte, que sólo usé una vez, para un viaje que hice a Norteamérica, hace unos años, figura “periodista”.

-En el mío “funcionario público”. ¿En qué parte de Norteamérica estuvo usted?

-En New York, en Miami, en New Orleans.

-Yo estuve en Boston, en el cincuenta y siete, en una convención de mandos policiales; visité Nueva York, por supuesto. Tampoco conozco mucho más mundo.

A Quiroga esta carencia pareció ligeramente perturbarlo, entristecerlo; en aquel momento pensé, como si fuera una retardada revelación, que Quiroga, a despecho de su planta erguida y fornida, de los grandes pasos a los que andaba, de su vozarrón fuerte y firme de hombre acostumbrado a mandar y de su indudable resistencia al alcohol, era en realidad un viejo vencido; nadie le hubiera echado más de sesenta años, no obstante, de no ser por sus manos, con el dorso flácido y surcado de venas en relieve, gruesas y oscuras.

-Mi casa es suya, don Felipe –me dijo Quiroga-; siempre que usted quiera –y añadió, como si se tratara de una idea que se le había ocurrido en aquel instante, pero que yo tuve la certeza de que la rumiaba desde mucho rato antes, desde días antes tal vez-. ¿Por qué no se viene mañana a cenar? Soy un buen cocinero, y en casa hay una excelente chimenea; las noches ya empiezan a ser fresquitas. ¿Vino tampoco bebe?

-No soy un abstemio riguroso, comisario –le contesté-; el alcohol, sencillamente, me cae mal, me disgusta al paladar. Vino bebo.

-Podemos cenar temprano ¿Le va a las nueve?

Quedamos en eso y nos despedimos. Era un miércoles.

Aquella noche misma, pasadas las diez, hora en que reducían la tarifa, me telefoneó mamá. Entonces todavía no había conexión automática de Nacimiento a Marazul; las llamadas se hacían por operadora. Era un sistema impredecible, a menudo exasperante. Después de varios intentos frustrados, mamá y yo conseguimos hablar, entre ecos molestos y el crepitar de las interferencias. Mamá me anunció, con el timbre engañosamente plañidero que empleaba para darme órdenes, que llegaría el viernes en el tren de la tarde; yo tendría que ir a recogerla en el auto a la estación.

El jueves, pues, fui a cenar a lo de Quiroga. Yo conocía la casa por dentro, ya que un par de veces había acompañado a mamá a visitar a los Fisher, un matrimonio con hijos y nietos; él era de ascendencia creo que galesa, un arquitecto jubilado. Había muerto hacía unos años y, a partir de entonces, la viuda rara vez había vuelto por Marazul, donde solían pasar el verano en vida del marido. Uno de los hijos era un alto funcionario del ministerio de Obras Públicas, y a la única hija (eran tres varones y ella) yo la recordaba como una muchacha alta, flexible y hermosa, aunque no bella, que quedaba magnífica a lomos de caballo; en alguna época, mamá había probado diversas tortuosas maniobras para que la chica se fijara en mí: vanos esfuerzos. Ella se

llamaba Yolanda, que según el padre era un nombre gaélico: Ioleyn. No sé qué habría de cierto en eso.

La cena como tal no fue memorable; Quiroga se había excedido en cuanto a sus habilidades como cocinero. El vino, eso sí, era excelente, un cabernet sauvignon que él reservaba, según me aseguró, para contadísimas y especialísimas ocasiones.

Después de comer pasamos al salón de la chimenea, que yo recordaba como un recinto penumbroso y tétrico, cabe que lúgubre, de paredes ocre tiznadas de hollín y con regueros y manchas de herrumbre y orín. Quiroga las había repintado de un color neutro, un gris claro discreto y casi alegre. Había algunas estanterías con libros y unos pocos cuadros, de los que sólo uno despertó mi interés: era un retrato de gran tamaño del propio Quiroga, de pie, con su uniforme reglamentario azul con charreteras doradas, el revólver de reglamento al cinto, el espadín del otro lado y el quepis en una mano, la otra apoyada en una amplia mesa escritorio que estaba a su espalda, cubierta de papeles y cartapacios y con un negro teléfono con el auricular descolgado que producía una impresión incómoda, inquietante. Quiroga, en el retrato, negrísimo la cabellera y el bigote, era, quizá, treinta años más joven; la tela estaba algo cuarteada, al menos en su parte inferior, que era la que yo podía observar con más detalle, y tenía un desgarrón en un costado. La factura del lienzo era de primera, si bien la firma, que se distinguía en un rincón, nada me dijo. Me pareció leer “Vidal”, aunque en realidad, según me informó Quiroga, lo que decía era “Medina”.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)